



SEMANARIO POPULAR

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 34.

JUEVES 22 DE OCTUBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR Báltico: (Conclusion).—EL CALDERERO: Cuentos morales, por Madama de Genlis.—FELIPE IV.—UN ADIOS A LAS FERIAS: romance, por Enrique del Castillo y Alba.—ACROCINO DE LARGAS MANOS.—TU MIRAR, por Manuel Valcárcel.—DUCC.—UN VIAJE A MADAGASCAR: (Continuacion).—PENSAMIENTOS ORIENTALES.—REFRANES HIGIENICOS.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR Báltico,

(CONCLUSION.)

En general los rios y los lagos son abundantes en hermosos pescados; el mar Báltico, sin embargo, es escaso y solo se pescan en él una especie de salmon, bacalaos pequeños y lenguados.

La Curlandia, aunque de poca estension, se halla habitada por razas muy distintas que están profundamente separadas entre sí y que en parte hablan idiomas distintos. La parte mas inteligente de la poblacion es de origen alemán, así como tambien la lengua alemana es la mas formada. La nobleza (que es en general una clase bella y vigorosa), conserva en sí claros indicios de la raza alemana de donde descende, es decir, de la de Westfalia. Esta clase está formada por los descendientes de los caballeros de la órden Teutónica, que á sangre y fuego convirtieron á los primitivos habitantes del pais, les dieron el cristianismo y les quitaron la libertad. Si hay alguna parte donde la nobleza goce privilegios es en este pais, y acaso no hay punto alguno en la tierra donde se haya conservado tanto tiempo como aquí el antiguo sistema feudal de los longobardos. La Curlandia goza de privilegios especiales ante todas las demás provincias rusas; pero estos consisten únicamente en prerogativas de la nobleza; solo los que pertenecen á la aristocracia de la Curlandia pueden tener propiedades inmuebles en el pais; solo un individuo de la nobleza puede ser elegido para los destinos de la magistratura, y la Dieta está compuesta únicamente de delegados de la no-

bleza. Todo esto tiene un carácter de la edad media que pareceria bárbaro, y aun lo seria efectivamente en otro pais cualquiera; pero estas prerogativas de la nobleza en Curlandia son un gran beneficio en circunstancias dadas, porque son el único dique poderoso que puede proteger la lengua alemana, las costumbres alemanas, la religion y el espíritu alemán, contra la invasion de elementos rusos; pue por la razon de que solo un curlandés de nacimiento puede tener propiedades inmuebles, se impide que las familias rusas las adquieran en Curlandia y extiendan en el pais la lengua, las costumbres y la religion de la Rusia; el que la nobleza sea la que nombre á los jueces, escogidos en el centro de ella misma, es causa de que la venalidad de la justicia, la corrupcion y las intrigas de la curia estén desterradas de los tribunales. Debemos añadir en obsequio de la nobleza curlandesa, que se encuentra en ella una cierta honradez y caballerosidad teutónica, y que los jueces nunca, ó muy rara vez se dejan arrastrar por consideraciones de clase ó cualesquiera otras causas ilegítimas. Esta es la razon por la que elogiamos á la nobleza curlandesa. En Alemania hace mucho tiempo que ha caido la base moral de la nobleza, la cual ha sido por esta razon inútil y hasta perjudicial para el desarrollo del Estado, pero en Curlandia son aun de tal modo las circunstancias, que todo aquel que se interese en la conservacion del espíritu y de la nacionalidad alemana, debe colocarse al lado de esta nobleza alemana.

Las tierras y el suelo de este pais (con excepcion de los bienes de la corona y los de los comunes pertenecen á la nobleza, que distribuye á los labradores que viven en sus dominios un cierto número de campos, praderas y pastos. Estos labradores no viven en pueblos como en Alemania, sino que cada uno tiene su casa y su granja en la tierra que le ha dado su señor. La granja es llamada «la familia» en el lenguaje de allí, y está compuesta ordinariamente de la casa, no muy hermosa á la ver-

dad, los establos, un departamento para las provisiones y una especie de granero donde se secan los cereales para ser despues separados de la paja (1). El señor cuida del arreglo completo de la «familia» con respecto de las reses necesarias y de los instrumentos de labranza, y conserva la casa en buen estado. En cambio de esto, en la mayor parte de los dominios el labrador tiene que prestar aun en la actualidad la corvea, y desde hace poco tiempo se ha introducido en algunos puntos el arriendo enfiteútico para sujetar mas y mas al labrador; pero es un error el creer que un gran propietario de esta clase no tiene mas que hacer que recoger dinero y vivir en los placeres; en la gran estension que tienen allí los dominios, el señor tiene ocupaciones de muy distintas clases y debe ser muy cuidadoso y puntual en su economía, si no quieren perjudicarse, cuando se interesa por el bien de sus siervos.

Todos los negocios relativos á la labranza, todas las cuentas se arreglan en Mittau por San Juan, y esta es una de las pocas épocas en que hay en la ciudad una vida activa y animada. Por San Juan hay en Mittau el mismo movimiento que en las ciudades de Alemania cuando las ferias; es una época de ganancia, no solo para los habitantes de la ciudad, sino tambien para los extranjeros. Una multitud de vendedores de todas clases, y hasta la compañía del teatro de Riga, se dirigen entonces á Mittau, donde hallan una rica cosecha de rublos de plata. Generalmente los nobles que van á la ciudad llevan tambien sus familias, por lo cual no faltan banquetes, bailes y reuniones.

Los nobles curlandeses viven ordinariamente en la soledad por la gran distancia que separa, en general los castillos que habitan: esta soledad los hace ver con gusto cuando un car-

(1) Como la mayor parte de los cereales que se cogen en Curlandia se esportan por mar, deben secarse antes en unos hornos dispuestos para esto, á fin de que no se pierdan tan fácilmente.

ruaje se acerca á su morada, llevando algun huésped de su vecindad. La hospitalidad es muy grande en Curlandia y el extranjero es recibido con la mayor amabilidad y galantería, tanto en el castillo de un noble, como en la casa de un sacerdote luterano. Hay sin embargo, tiempos en el año con los que cesan las visitas de los huéspedes, y entonces cada familia que vive aislada está limitada á sí misma; estos tiempos son el otoño y la primavera cuando los caminos se ponen intransitables. La consecuencia natural de esta vida solitaria es una vida en familia muy tranquila y agradable. En las largas noches del invierno tratan de pasar el tiempo del mejor modo posible, ya por la lectura, ya por la música, el baile y los juegos de sociedad. En el estío y en el invierno la vida es mas animada por los viajes en trineos; entonces se visitan entre sí los parientes y amigos. En el verano van con frecuencia á pasar algunas semanas en los baños de mar ó en los minerales de Baldonen, donde se encuentran la mayor parte de los amigos y conocidos, donde se baila mucho y donde se come y se bebe mas, cosa que el curlandés tiene en mucho. Pero el punto principal de la vida social le forma la sociedad de Mittau; casi todas las familias, especialmente si cuentan entre sus individuos hijas casaderas, van á pasar en el invierno algunas semanas en la capital para ver y ser vistos allí. Las principales diversiones son tambien entonces, los bailes y banquetes; esta uniformidad se interrumpe solo de vez en cuando por el concierto que da algun pianista ó violinista que va de San Petersburgo, etc. La sociedad noble de Mittau está profundamente separada de todo plebeyo; en ella no se ven mas que vástagos de la nobleza, y para recordar á los jóvenes la elevada clase á que pertenecen, se ha adornado la sala de baile del casino noble con los blasones de la nobleza curlandesa. Rara vez sucede que esta sociedad trate con hombres de nacimiento humilde, cosa de la que estos últimos tienen la culpa (sea con razon ó sin ella), por manifestar un odio profundo á la nobleza, odio que se trasluce hasta en la vida social, con lo que naturalmente solo consiguen que la nobleza se separe mas de ellos.

La caza es una de las principales diversiones de los curlandeses; el modo de cazar que tienen es esencialmente distinto del que emplean en Alemania, por lo cual entraremos en algunos detalles acerca del modo con que se entregan á esta diversion.

Cada propietario tiene el derecho de cazar en Curlandia donde le parece, escepto en los bosques pertenecientes á la corona donde no puede cazar gallos silvestres, dantas ni reses mayores. La caza empieza el dia 6 de agosto, pero las grandes cacerías no tienen lugar hasta el mes de setiembre, porque hay ciertos animales á los que no se puede tirar bien en las primeras semanas de la caza, además en el mes de agosto hace aun demasiado calor, lo cual es fatigoso para los cazadores. Pero no hay nada comparable á la caza en un hermoso dia de setiembre. Desde por la mañana temprano el alegre sonido de los cuernos y los ladridos de los perros hace apresurarse á los perezosos. El cazador preparado con todo lo necesario para la caza, monta en un caballo pequeño pero vivo y seguro, llevando en sus alforjas algunas fiambres y un frasco lleno de aguardiente: de ambas cosas cuida en general la señora de la casa. Todas cuantas personas pueden llevar una escopeta se ponen en movimiento: el señor de la casa, el preceptor, el secretario, los guarda-bosques, el inspector de montes y hasta los trabajadores, de modo que á veces llegan á formar una compañía de veinte personas. Llegados al punto elegido, los cazadores se colocan en una línea destinada á este objeto y en la que el monte se ha aclarado un poco (cosa que se encuentra á cada paso hecha con este objeto), y un hombre echa los perros al rededor del trozo de monte correspondiente á la línea elegida, de modo que la caza debe ir en direccion del punto don-

de se hallan los cazadores; el mismo que ha soltado los perros, corre con ellos por el bosque haciendo resonar en él sus gritos y los sonidos del cuerno. En seguida se oyen los ladridos de los perros que persiguen á una res y un oído experimentado debe conocer á qué clase pertenece esta. Si la res se dirige hácia donde están los cazadores, estos la hacen fuego entonces, pero si como sucede frecuentemente se dirige hácia otro punto, los cazadores deben montar inmediatamente á caballo para ir á donde se dirige la res, y ganarla en velocidad. Uno de los accidentes mas desgraciados es cuando una res se va por una de aquellas estensas llanuras, frecuentemente de muchas millas de largo, porque todos los perros van detrás de ella persiguiéndola, no oyen las voces ni los sonidos del cuerno y los cazadores tienen que precipitarse á carrera tendida sobre las malezas y las piedras, particularmente el encargado de los perros á quien casi siempre le cuesta mucho trabajo el volverlos á reunir. Este modo de cazar tiene algo de salvaje, ó si se quiere algo de caballero, y ciertamente no se encontraria placer en las cazas de Alemania, despues de haber tomado parte en las cacerías curlandesas. En el invierno cuando están helados los pantanos de los bosques se disponen tambien cacerías como las que hemos descrito primero, pero en vez de perros se emplean hombres que dando gritos y golpeando en los árboles echan las reses hácia donde están los cazadores. Esta es una de las obligaciones de los siervos, los cuales la cumplen con mas gusto que las demás por que todos son apasionados á la caza y porque además en cada ocasion de estas no se les escasean los vasos de aguardiente.

Despues de haber tratado el describir, aunque ligeramente, la vida y ocupaciones del sexo masculino de la nobleza curlandesa, vamos á decir algunas palabras acerca de las mujeres, de la educacion de los niños, de la ciencia y del arte en lo que respecta á la nobleza.

Las señoras nobles de Curlandia, generalmente bien dotadas por la naturaleza, saben hermanar su clase aristocrática y su distinguida educacion social con las virtudes domésticas, y rara vez se encuentra entre ellas aquel triste ejemplo tan frecuente en las grandes ciudades de Alemania, de mujeres que no viven mas que para su placer, que cuando mas se sientan delante de un bordado, ó pasan el dia delante del tocador, abandonando sus deberes de madres y amas de casa. Una señora curlandesa merece el nombre de ama de casa en la escepcion mas verdadera y bella de esta palabra; pocas veces ó ninguna se la encontrará ociosa; desde la cocina va al cuarto de labor; desde allí en el verano al jardín, en el invierno á donde están hilando; no es que ella trabaje por sí misma en estas labores, sino porque inspecciona la economía interior mientras el marido cuida de los asuntos exteriores. Cuando una de estas señoras se presenta en sociedad, vuelve á ser la elegante señora de la aristocracia, entre la cual debieran ocultarse esas mujeres afectadas, tanto de la clase elevada, como de la clase media, que se ven ordinariamente en los salones. Solo cuando están solteras viven menos ocupadas, sin que se pueda decir por esto que pierdan el tiempo en cosas inútiles. Una de las cosas que pertenece principalmente á las mujeres casadas es la educacion de los hijos, pues en la mayor parte de las familias el padre se mezcla poco en ella, y solo de vez en cuando entra en este dominio para ejercer el derecho de castigo con la fusta ú otro cualquiera instrumento semejante. El maestro ó la maestra tienen tambien con mucha frecuencia pequeñas cuestiones con el ama de la casa, pues es sabido que la mayor parte de las mujeres se dejan persuadir rara vez de lo que es contrario á su modo de ver en lo que respecta á los seres á quienes aman, aunque este modo de ver no sea completamente justo. Es verdad que los curlandeses no reparan en hacer cualquier sacrificio para dar una buena educacion á sus hijos y emplean sumas con-

siderables en proporcionarlos buenos maestros; pero muchas veces desean mas bien darles un cierto barniz exterior y elegante que una educacion sólida, asi tienen la idea errónea de que á una joven le es absolutamente indispensable el saber música, es decir, el tocar una polka, ó cuando mas alguna composicion insípida en el piano, al paso que se tiene por incompatible con la dignidad de un hombre, el que los jóvenes aprendan este arte, que como los demás, es considerado nuevamente como una distraccion destinado á llenar un hueco en la sociedad, y de aquí proviene el que no conozcan casi el nombre de las obras maestras de las tres naciones mas grandes en la música, y pasen el tiempo en tocar las frias composiciones mas modernas. Una necesidad indispensable es que los niños aprendan á hablar el francés con toda la perfeccion posible, y para lograrlo llevan á la casa una francesa, cuya ocupacion consiste únicamente en enseñar á hablar. La consecuencia de esto es una cierta aridez respecto de esta lengua, y hay gente en Curlandia que habla muy bien el francés pero que no sabe escribirle con buena ortografía. Esta aridez se muestra tambien en todas las ciencias y las artes á las que no se considera mas que como un adorno de sociedad. ¿Y para qué se habia de dedicar á estudios serios el joven baron curlandés, cuando por su nacimiento está en actitud de obtenerlo todo, y cuando sabe que sin hacer grandes esfuerzos tendrá una vida tranquila y placentera? Sin embargo hay que reconocer tanto mas mérito en los esfuerzos que hacen para aprender algunos que fijan su atencion en cosas mas importantes que el juego de cartas, el baile y la caza.

EL CALDERERO.

CUENTOS MORALES.

El rey de Inglaterra Jaime II, obligado á abandonar su reino, se refugió en Francia; Luis XIV le dió asilo en San German, donde fueron tambien á fijarse algunos súbditos fieles que le habian seguido. Mad. de Varonne, cuya historia voy á contaros, era de una familia irlandesa que habia acompañado á Jaime II en su destierro: mientras vivió su esposo, lo pasó desahogadamente, pero en cuanto se halló viuda, sin proteccion y sin parientes, no tuvo bastante crédito para conseguir que la corte la señalara una parte de la pension con que habia vivido su esposo. Sin embargo, escribió á los ministros y envió varias peticiones, mas le contestaron «que harian presente su peticion al rey.» Dos años se pasaron sin que sus esperanzas se realizaran. Por fin, habiendo renovado su solicitud, esta fue formalmente desechada. Desde entonces no se hizo ilusiones sobre su suerte. Su situacion era deplorable; hacia dos años que se habia visto obligada á vender sucesivamente para vivir su vajilla de plata y parte de sus muebles; no la quedaba ya ningun recurso. Suaficion á la soledad, su incomparable piedad y su mala salud la habian siempre alejado de la sociedad, y especialmente desde la muerte de su esposo. Se hallaba pues, sin apoyo, sin amigos, sin esperanza, desprovista de todo, sumida en la miseria mas horrorosa, y para cúmulo de males, tenia cincuenta años y una salud quebrantada. En situacion tan extrema, recurrió al verdadero dispensador de todo consuelo y de toda gracia, al único que podia cambiar su suerte ó darla valor para soportar con paciencia sus rigores; cayó de rodillas y rogó á Dios con confianza; olvidándose de cuanto la rodeaba, pronto sintió volver á su alma la quietud, y consideró con calma y resignacion su triste estado... «¡Pues bien! exclamó, puesto que un dia es preciso perder esta frágil existencia, ¿Qué importa que sea destruida por una miseria extrema, ó por una enfermedad? ¿Qué importa morir bajo un dosel, ó sobre la paja? ¿Será mi muerte mas dolorosa, porque no tenga que echar de menos nada en el

mundo? De seguro que no; al contrario, no necesitare ni exortaciones ni valor; no tendré que hacer ningun sacrificio; abandonada de todo el mundo, solo pensare en el que rige el universo; le veré pronto á recibirme en su seno á recompensarme, y esperaré así la muerte, el mas precioso de sus beneficios.

¡Qué valor! pensareis vosotros, niños míos; ¿cómo es posible morir sin echar de menos la vida? Pero reflexionad que Mad. de Varonne no tenia hijos, que no tenia ni padres ni esposo, y que no la quedaba ni una efecion en el mundo. Por lo demás, la religion puede proporcionar tan sublime resignacion, y ya os tengo dicho que Mad. de Varonne tenia una piedad suma.

Mientras estaba pensando en su porvenir, su criado Ambrosio entró en la habitacion. Es preciso que os haga conocer á este hombre. Tenia cuarenta años y hacia veinte que estaba al servicio de Mad. de Varonne; no sabiendo leer ni escribir, brusco, taciturno, regañon, parecia siempre como que despreciaba á sus compañeros, como que ponía mala cara á sus amos; su ceño habitual, su mal humor, hacian que su servicio fuera poco agradable. Sin embargo, su exactitud, su buena conducta le hacian pasar por un hombre excelente y un criado sin igual. No se le conocian sino las cualidades esenciales, y con todo poseia virtudes sublimes: bajo un exterior tan grosero, ocultaba el alma mas sencilla y mas elevada.

Mad. de Varonne, algun tiempo despues de la muerte de su esposo, habia despedido á sus servidores, no conservando mas que á una cocinera, una doncella y á Ambrosio. Al cabo se veia tambien en la precision de despedir á estos últimos. Como iba diciendo, Ambrosio entró en la habitacion: era en invierno; traía leña y la iba á echar en la chimenea, cuando Mad. de Varonne le dijo: «Ambrosio, es menester que hable con vos.»

El acento conmovido con que Mad. de Varonne pronunció estas palabras, sorprendió á Ambrosio; dejando la leña en el suelo y mirando á su ama, la dijo: ¡Dios mío! ¿Qué sucede, señora?—Ambrosio, ¿sabeis cuánto debo á la cocinera?—No la debeis nada, señora, ni á mí, ni á María, nos pagasteis el mes ayer.—¡Ah! tanto mejor: ya no me acordaba. Pues bien, Ambrosio, os encargo que digais á la cocinera y á María que ya no necesito de sus servicios... Y vos tambien, querido Ambrosio, es necesario que os busqueis otra casa.—¿Otra casa!... ¿Qué decis? Quiero morir siendo vuestro criado; yo no os abandonaré, suceda lo que sucediere...—Ambrosio, no sabeis cual es mi situacion.—Señora, no conoceis á Ambrosio... Pues bien, si os quitan algo de vuestra pension y si no teneis bastante para pagar á vuestros servidores, despedid á los demás en buen hora; pero yo no merezco que me echeis como á ellos. Yo no tengo el alma mercenaria, señora...—Pero Ambrosio, estoy arruinada, completamente arruinada. Todo lo que poseia, lo he vendido, y ahora me quitan la pension...—¿Os quitan vuestra pension?... eso no puede ser...—Sin embargo, nada hay mas verdadero.—¡Ah! Dios mío!—Es preciso respetar y adorar los decretos de la Providencia y someterse á ellos sin murmurar, mi buen Ambrosio. Con todo, en medio de mi desgracia, tengo un gran consuelo, el de sentirme con mucha resignacion. ¡Hay tantos seres sobre la tierra! tantas familias virtuosas que se encuentran en la misma situacion que yo! Al menos, no tengo hijos, sufriré sola, es poco sufrir...—No, no; exclamó Ambrosio con acento conmovido, no, vos no sufrireis. Yo tengo manos, sé trabajar...—Querido Ambrosio, prosiguió Mad. de Varonne enternecida; nunca he dudado de vuestro cariño... Pero no abusaré de él. Tan solo voy á pedir os una cosa; que me alquileis un cuartito en algun quinto piso. Tengo todavía un poco de dinero, con el cual podré pasar dos ó tres meses. Trabajaré, coseré; bucadme en San-Germain algunas parroquianas: «hé ahí todo lo que os pido y todo lo que podeis hacer por mí.»

Ambrosio estaba inmóvil delante de su ama, contemplándola en silencio: cuando ella hubo concluido de hablar, cayó á sus pies y la dijo: ¡Ah! mi respetable ama, recibid el juramento de Ambrosio: me comprometo á servir os hasta el fin de mi vida... y con mas cariño, con mas respeto y obediencia que antes. Hace veinte años que me dais de comer, que me vestís, vos haceis que viva, y que mi vida sea feliz. He abusado muy á menudo de vuestra bondad y de vuestra paciencia, pero señora, perdonadme todas esas faltas que mi carácter malo me ha hecho cometer para con vos. Yo las enmendaré, estad segura: tan solo para esto pido á Dios que alargue mis dias.

Al concluir estas palabras, Ambrosio, derramando abundantes lágrimas, se levantó, y salió precipitadamente sin esperar respuesta.

Ya debeis figuraros que el corazon de madama de Varonne estaba penetrado de un agradecimiento profundo y sincero. Al cabo de algunos minutos, volvió Ambrosio, traía un saquito de piel, y poniéndolo encima de la chimenea, dijo: «Gracias á Dios, gracias á vos, señora y á vuestro señor esposo, tengo en este saquito treinta lises. Este dinero ha salido de vos; por eso debe ser vuestro...—¡Ambrosio! ¡Vuestros ahorros de veinte años!... no puedo aceptar...—Cuando teniais dinero, me dabais vos; cuando ya no teneis, os lo devuelvo. El dinero no sirve mas que para esto. Ya sé que una cantidad tan pequeña, no puede sacar os de apuros; mas hé aquí como yo pienso arreglar me.»

Es preciso, señora, que recordeis que soy hijo de un calderero, y que no he olvidado mi oficio; porque en mis ratos de ocio, y cuando me permitais salir, iba á casa de Nicault; uno de mis paisanos, calderero tambien, y trabajaba con él para distraer me. Ahora trabajaré de veras y con buen animo...—¡Ah! esto es demasiado, exclamó Mad. de Varonne; virtuoso Ambrosio, en qué estado tan indigno de vos, os ha puesto la suerte!...—No me quejaré de ella, prosiguió Ambrosio, si vos, señora, podeis acostumar os á vuestra nueva situacion.—Vuestro cariño, Ambrosio, me consolará en medio de mis apuros. ¡Mas cómo podrá ver, que sufrís por mí!—¡Yo sufrir trabajando, y cuando mi trabajo os servirá á vos! Tales sufrimientos me harán feliz. Desde mañana principiaré á trabajar. Nicault es buen hombre y siempre me dará que hacer. Está muy acreditado en San German; precisamente le hace ahora falta un buen compañero; yo soy fuerte, trabajaré por dos, y todo saldrá bien.»

Mad. de Varonne, no encontrando palabras para expresar su admiracion, levantó los ojos al cielo y no contestó sino con sus lágrimas.

La cocinera y la doncella fueron despedidas al dia siguiente. Ambrosio alquiló en San German un cuartito muy limpio y muy claro, en un tercer piso, lo amuebló con los pocos muebles que quedaban á Mad. de Varonne y condujo allí á su ama. Esta encontró una buena cama, un gran sillón muy cómodo, una mesita con un tintero y papel, al lado de la cual estaban colocados sus libros sobre unas tablas; un armario que contenia su ropa, sus vestidos y buena provision de hilo para trabajar; un cubierto de plata, pues Ambrosio no queria que comiera con uno de estaño, y la bolsa que contenia los treinta lises. En un rincon del cuarto, detrás de una cortina, estaba oculta la modesta vajilla y los chismes de cocina.... «¡Ahí teneis, dijo Ambrosio, lo que mejor he encontrado por el precio que me habeis indicado vos misma. No hay mas que una pieza, y la criada tendrá que dormir sobre un colchon que estará debajo de vuestra cama...—Pero cómo, la criada? contestó Mad. de Varonne.—Es claro, señora: no podeis pasar sin criada que guise, que haga los recados y que os vista....—Por Dios, querido Ambrosio!...—¡Oh! la criada os costará muy poco: es una niña de trece años, no la dareis salario y vivirá con los desechos. En cuanto á mí, ya me he arreglado con Nicault: le he dicho que he

sido comprendido en la reforma que mi ama habia hecho; que estaba necesitado y que deseaba trabajar. Nicault, que es rico y ademas un buen hombre me dejará dormir en su casa; está á dos pasos de aquí; tambien me mantendrá y me dará veinte sueldos diarios. La vida es barata en San German; de modo que con veinte sueldos diarios podreis vivir con desahogo tanto mas cuanto que hay algunas provisiones y un poco de dinero. No he querido decir nada de esto delante de Susana, la nueva criada: ahora, voy á buscarla....

Ambrosio salió al momento, y volvió poco tiempo despues trayendo de la mano á una niña, que presentó á Mad. de Varonne. «Hé aquí la niña de quien he tenido el honor de hablar á la señora. Su padre y su madre son pobres, pero laboriosos, tienen seis hijos, y la señora hará una buena accion admitiendo á ésta en su casa.»

Despues de estas palabras, Ambrosio encargó con cierta severidad á Susana que se condujera bien, y al poco rato, despidiéndose de Mad. de Varonne, se fué á casa de su amigo Nicault. ¿Quién podría decir lo que pasaba en el alma de Mad. de Varonne? Estaba penetrada de agradecimiento y de admiracion, y no volvia de la sorpresa que le causaba el cambio repentino en las maneras y en el carácter de Ambrosio; este hombre, siempre tan brusco, tan grosero, no parecia el mismo; desde que se habia vuelto su bienhechor, estaba desconocido, juntaba las atenciones con los procedimientos, la delicadeza con el heroismo, y su corazon le habia enseñado en un momento cuánta deferencia y cuánto respeto se merecen los desgraciados. Se veia fácilmente que sentia cuán sagradas son las obligaciones que nos imponen nuestros propios beneficios, y que no se es verdaderamente generoso cuando se humilla, ó cuando solamente se incomoda á la persona desgraciada á quien se socorre.

Al dia siguiente de haber tomado posesion de su nuevo domicilio, Mad. de Varonne no vió en todo el dia á Ambrosio porque estaba trabajando; mas por la noche vino un momento y rogó á Mad. de Varonne que hiciera salir á Susana con algun encargo. Cuando estuvo solo con su ama, sacó del bolsillo veinte sueldos envueltos en un papel, y poniéndolos encima de la mesa dijo: «Hé ahí mi trabajo.»

En seguida, sin esperar respuesta, llamó á Susana y volvió á casa de Nicault. Despues de haber empleado así todo un dia; ¡cuán apacible debe ser el sueño y cuán dulce el despertar! Por lo que experimentamos al hacer una buena accion, debemos juzgar de la satisfaccion indecible que proporciona una accion heroica.

Ambrosio, fiel á los deberes que él mismo se habia impuesto, venia todos los dias á visitar á Mad. de Varonne, y á depositar en su casa el fruto de su trabajo de un dia; no se guardaba, en todo el mes, sino el dinero necesario para pagar la lavandera; y el que gastaba los domingos en algunas botellas de cerveza, se lo pedia á Mad. de Varonne y lo recibia como un favor.

En vano Mad. de Varonne, sintiendo despojar de esta manera al generoso Ambrosio, queria persuadirla de que podia vivir con menos; Ambrosio no la escuchaba entonces, ó parecia escucharla con tanta pena, que su ama se veia obligada á callar.

Con la esperanza de inducir á Ambrosio á que lo pasara con mas desahogo y comodidad, Mad. de Varonne, por su parte, se dedicaba á coser: Susana la ayudaba é iba á vender su trabajo. Pero cuando Mad. de Varonne hablaba á Ambrosio de la ganancia que sacaba de su trabajo, éste contestaba sencillamente *tanto mejor*, y se ponía á hablar de otra cosa. El tiempo no alteró en lo mas mínimo su conducta; durante cuatro años enteros no se le vió jamás faltar á sus deberes.

Por fin se acercó el momento en que madama de Varonne debia sentir en su corazon el dolor mas acerbo. Una noche en que como de

ordinario, esperaba á Ambrosio, vió entrar en su cuarto á la criada de Nicault, que venia á decirle que Ambrosio estaba enfermo, y que se habia visto obligado á meterse en la cama. Con tal noticia, Mad. de Varonne rogó á la criada que la acompañara al momento á casa de Nicault, y encargó al mismo tiempo á Susana que fuese á llamar á un médico. La llegada de Mad. de Varonne á casa de Nicault,

causó gran sorpresa á este último que nunca la habia visto. — Ella le dijo que la enseñara el cuarto de Ambrosio. — «Pero, señora, contestó Nicault, es imposible... — ¿Cómo? — Es preciso subir por una escalera de mano para llegar á aquella boardilla.... — ¡Una escalera de mano!.... — ¡Ah! pobre Ambrosio!.... Conducidme á donde está, os lo ruego.... — ¡Pero, señora, si os espondeis á romperos la cabe-

za; ni tampoco podreis estar de pie en el cuarto de Ambrosio: si es materialmente un agujero!....»

Al oir estas palabras, Mad. de Varonne no pudo contener sus lágrimas; mas rogando de nuevo á Nicault que la guiara, llegó al pie de una escalera de mano, por la que subió con dificultad y que la condujo á un desvan donde encontró á Ambrosio echado sobre un jergon.



Felipe IV.

—Mi querido Ambrosio, exclamó Mad. de Varonne al verle, ¡en qué situación os encuentro! ¡Y me deciais que vuestro cuarto os gustaba, que estabais muy bien en él!....»

Ambrosio no se hallaba en estado de contestar á Mad. de Varonne: hacia cerca de media hora que habia perdido el sentido. Al notar Mad. de Varonne, se abandonó á todo su dolor. Al fin Susana vino con un médico: éste, al entrar en el cuchitril de Ambrosio, quedó sorprendido sobre manera al ver junto al jergon de un pobre hombre á una señora vestida con decencia, cuyo aire distinguido revelaba su nacimiento, y que parecia abatida y desesperada. Se aproximó al enfermo; le examinó detenidamente y dijo que se le habia llamado demasiado tarde. Figuraos el estado de Mad. de Varonne, cuando oyó pronunciar aquella sentencia fatal. — «El mismo tiene la culpa, dijo Nicault, hace ya mas de ocho dias que está malo, y yo no queria por eso que trabajara; pero él no ha querido cejar. Hasta esta mañana no se ha metido en la

cama, y aun nos ha costado trabajo para decidirle á ello. Por entrar en mi casa, se ha encargado de mas trabajo que el que podia hacer; así es que se ha matado á fuerza de trabajar.»

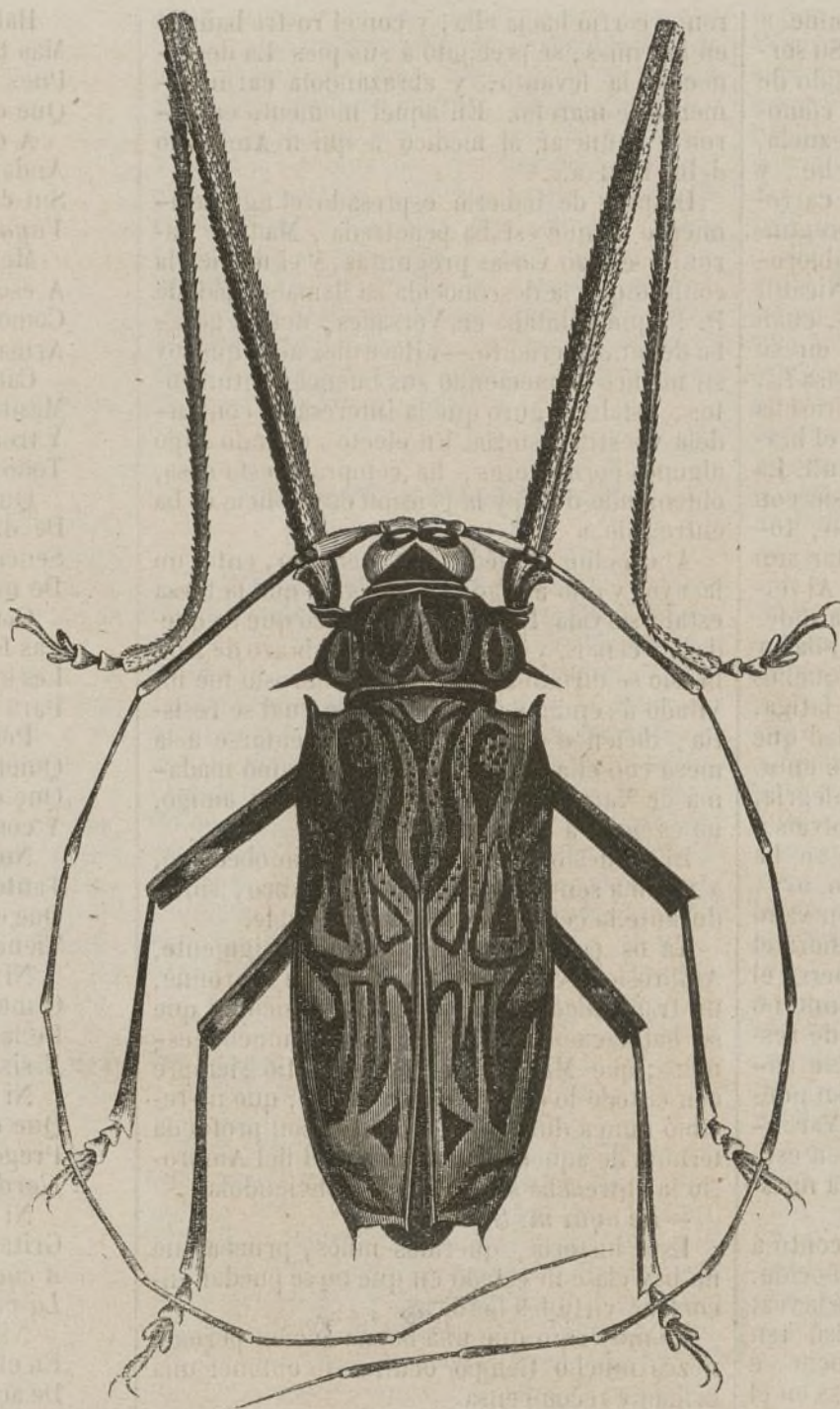
Cada palabra de Nicault era un golpe mortal para la infeliz Mad. de Varonne. Se dirigió hacia el médico y con las manos juntas, le suplicó que no abandonara á Ambrosio. El médico tenia humanidad; y además su curiosidad se habia despertado: así es que prometió pasar parte de la noche cerca de Ambrosio. Mad. de Varonne mandó á su casa por colchones, por mantas y por ropa: en cuanto hubo arreglado con Susana una cama para Ambrosio, el médico y Nicault lo transportaron á ella con cuidado. Entonces Mad. de Varonne se echó sobre un banco de madera y dió libre curso á sus lágrimas. A eso de las cuatro de la mañana, se marchó el médico, despues de haber cuidado al enfermo y de haber prometido que volveria al medio dia. Ya os podeis figurar que Mad. de Varonne no se

separó ni un momento del lado de Ambrosio: pasó cuarenta y ocho horas á la cabecera de su cama, sin que el médico le diera la mas leve esperanza: por fin, al tercer dia, dijo que le parecia que el enfermo estaba mejor y aquella misma noche declaró que respondia de la vida de Ambrosio.

¿Cómo describiros la alegría y el gozo de Mad. de Varonne al ver á Ambrosio fuera de peligro? Quería aun quedarse á velarlo la noche siguiente, pero él, habiendo ya recuperado el sentido, no lo consintió. Mad. de Varonne se retiró rendida por el cansancio. El médico se presentó al dia siguiente en su casa; le demostró tanto interés, parecia tan conmovido del esmero con que habia cuidado á Ambrosio, que Mad. de Varonne no pudo dejar de contestar á sus preguntas. Para satisfacer su curiosidad, le contó toda su historia. Tres dias despues, el médico, que no habitaba generalmente San German, tuvo que regresar á París, y partió precipitadamente, dejando á Ambrosio en la convalecencia.

Entre tanto Mad. de Varonne se hallaba en una situación crítica: en ocho días había gastado para Ambrosio el poco dinero que poseía: todavía le quedaba bastante para vivir cuatro ó cinco días; pero, como entonces Ambrosio no se hallaría aun en estado de volver al trabajo, temblaba al pensar en que la necesidad le obligaría á trabajar, á riesgo de caer de nuevo enfermo. La pobre señora sintió el horror de su situación y se arrepintió amargamente de haber aceptado los favores del generoso Ambrosio. — «¡Si no fuera por mí, se decía á sí misma, sería feliz; su trabajo le hubiera proporcionado una honrosa subsistencia; su cariño hacía mí le ha arrebatado su felicidad..... y quizá le cueste la vida!.... y yo, moriré sin pagar sus beneficios..... Aunque me fuera dado disponer del porvenir, podría yo nunca pagarle? ¡Esa deuda sagrada, solo Dios puede pagarla! ¡Solo Dios puede recompensar como merece una virtud tan sublime!....»

Una noche en que Mad. de Varonne estaba absorta en sus dolorosas reflexiones, Susana entró casi sin aliento en su cuarto y le dijo que una señora muy hermosa preguntaba por ella. — «De seguro se equivoca, contestó madama de Varonne. — No, no, pues ha preguntado de esta manera: ¿Está Mad. de Varonne que vive aquí en casa de Mr. Daviet, en el piso tercero que da al patio? Ha dicho esto desde su coche, un coche con cuatro hermosos caballos. Como yo estaba en el umbral de la puerta, he contestado: aquí es, señora. — Haced, pues, el favor de decir á Madama de Varonne que tenga la bondad de concederme un momento..... — Y en seguida, he



Acrocino de largas manos.

subido corriendo á mas y mejor.»

En aquel instante llamaron despacio á la puerta; Mad. de Varonne se levantó con suma emoción, y fué á abrir: una señora muy hermosa se pre-entó con aire tímido y enternecido. Mad. de Varonne mandó á Susana que saliera. — «Tengo mucho gusto, señora, dijo la desconocida, de anunciaros que el rey acaba de ser informado de vuestra situación, y que ha tenido á bien reparar las injusticias de la fortuna para con vos..... — ¡Oh! ¡Ambrosio! exclamó Mad. de Varonne, juntando las manos y levantándolas hácia el cielo con la más viva expresión de agradecimiento.....»

Al oír esta exclamación, la desconocida no pudo contener sus lágrimas: se aproximó á Mad. de Varonne y cogiéndole cariñosamente las manos, le dijo: — «Venid, señora, venid á la nueva casa que teneis preparada. — ¡Ah! señora, contestó Mad. de Varonne, cómo espresaros..... si yo me atreviera... os pediría permiso..... Señora, tengo un bienhechor, permitidme que antes de todo vaya á contarle..... — Sois libre de hacer lo que gustéis, prosiguió la desconocida; para no incomodaros, no os pediré que me permitáis que os acompañe hasta vuestra casa; iré sola; mas, quiero con vosotros hasta vuestro coche, que está esperando en la puerta..... ¡Mi coche!.... — Sí, señora; pero no perdamos mas tiempo; venid.»

Al decir estas palabras, la desconocida, dando el brazo á Madama de Varonne que apenas se podía tener de pie, salió con ella. Cuando llegaron á la puerta, la desconocida dijo á uno de sus lacayos que la esperaba: —



Vista de Madrid. — Real Palacio de Madrid, Véase la página 158.

«Llamad á los cocheros de Mad. de Varonne.» La pobre señora creía estar soñando. Su sorpresa se aumentó al ver un lacayo vestido de negro que acercaba un coche sencillo y cómodo. La desconocida mandó abrir la portezuela, ayudó á Mad. de Varonne á subir al coche, y se separó de ella dirigiéndose hácia su carretela. El lacayo de Mad. de Varonne la preguntó á dónde quería ir, y ésta con voz temblorosa le dijo que la llevara á casa de Mr. Nicault el calderero. ¿No os figurais, niños míos, cuán fuerte debió ser la emoción que sintió en su alma Mad. de Varonne al ver aquella casa?... Hizo señal al cochero de que parara, abrió ella misma la portezuela, y apoyándose en el brazo del lacayo entró en la tienda de Nicault. La primera persona que vió, fue á Ambrosio con el traje de los días de trabajo; Ambrosio, todavía convaleciente, que á pesar de estar aun débil había querido probar sus fuerzas: Al verlo, sintió Mad. de Varonne una ternura indecible. El pobre hombre trabajaba para ella, y ella venía á sacarlo para siempre de aquellos trabajos penosos, de la miseria y de la fatiga. Gozaba en toda su pureza de la felicidad que proporciona el mas profundo agradecimiento. —«Mi querido Ambrosio, exclamó con alegría, venid... dejad esos trabajos, y no volvais á pensar mas en ellos; vuestra suerte se ha cambiado... Venid, no perdamos tiempo.»

Ambrosio lleno de sorpresa, pedía en vano explicaciones; quería al menos que le diera el tiempo necesario para mudarse y ponerse el traje del domingo; pero Mad. de Varonne no se hallaba en estado de escucharle ni de responderle. Se lo llevó consigo, é hizo que subiera al coche. —«¿Quiere la señora ir á su nueva casa?» preguntó el lacayo. Mad. de Varonne se estremeció á estas palabras, y contestó mirando á Ambrosio: —«Sí, llevadnos á nuestra casa.»

En el camino, Mad. de Varonne contó á Ambrosio la visita de la señora desconocida. Este la escuchaba con alegría y temor á la vez; no se atrevía á creer en una felicidad tan extraordinaria, tan inesperada. El coche se paró al fin á la puerta de una bonita casa en el bosque de San-Germain. Mad. de Varonne y Ambrosio se apearon, y entraron en un salon donde los esperaba la desconocida. Esta última, adelantándose hácia Mad. de Varonne, y presentándole un papel, le dijo: —«Hé aquí señora, lo que el rey se ha dignado encargarme para que os lo entregue; es el oficio de una pension de 10,000 libras, y además la libertad para asegurar la mitad de esta pension á la persona que querais vos designar... —¡Esa persona, héla aquí! exclamó Mad. de Varonne. Hé aquí el hombre virtuoso y sublime, digno de vuestra proteccion y del favor de nuestro soberano.»

A estas palabras, Ambrosio, que hasta entonces se había escondido detrás de su ama, sintió aumentarse su turbacion; dió algunos pasos hácia atrás, y se quitó la gorra. A pesar de su excesiva alegría, experimentaba una sensación penosa al oírse elogiar de tal manera; tambien estaba avergonzado de presentarse ante la señora desconocida, sin peluca, con su delantal de cuero, y la chaqueta sucia: sentía no haberse puesto el traje del domingo... La desconocida se aproximó á él y le dijo: —«Ambrosio, permitidme que os contemple un momento... —Señora, contestó Ambrosio bajando la cabeza y dando vueltas á su gorra, lo que yo he hecho es natural, y no es digno de admiracion.»

Mad. de Varonne le interrumpió para contar todo lo que debía á Ambrosio. La desconocida, dando muestras de enternecimiento, suspiró, y levantando los ojos al cielo dijo: —«¡Por fin, despues de haber visto á tantos ingratos, tengo la dicha de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos!... Adios, señora, esta casa y los muebles que contiene, os pertenecen y dentro de un momento vais á recibir el primer trimestre de vuestra pension.»

Al concluir estas palabras, la desconocida dió algunos pasos hácia la puerta. Mad. de Va-

ronne corrió hácia ella, y con el rostro bañado en lágrimas, se precipitó á sus pies. La desconocida la levantó, y abrazándola cariñosamente se marchó. En aquel momento entraron á anunciar al médico á quien Ambrosio debía la vida...

Despues de haberle expresado el agradecimiento de que estaba penetrada, Mad. de Varonne le hizo varias preguntas, y el médico la confesó que la desconocida se llamaba Mad. de P., que habitaba en Versalles, donde gozaba de mucho crédito. —«Hace diez años que soy su médico: conociendo sus buenos sentimientos, estaba seguro que la interesaria contándole vuestra historia. En efecto, cuando supo algunos pormenores, ha comprado esta casa, obteniendo del rey la pension cuyo oficio os ha entregado.»

Al concluir el médico esta relacion, entró un lacayo, y dijo á Mad. de Varonne que la mesa estaba servida. Esta rogó al médico que se quedase á cenar, y apoyándose en el brazo de Ambrosio se dirigió al comedor. Ambrosio fue invitado á sentarse á su lado, á lo cual se resistía, diciéndole que él no debía sentarse á la mesa con ella. —«¡Pues qué! exclamó madama de Varonne, ¿mi bienhechor y mi amigo, no es igual á mí?»

El modesto y generoso Ambrosio obedeció, y su ama sentada entre él y el médico, sintió durante la cena una felicidad indecible.

Ya os podeis figurar que al día siguiente, Ambrosio tuvo, gracias á Mad. de Varonne, un traje adecuado á su nueva posicion; que su habitacion fue amueblada con mucho esmero; que Mad. de Varonne partió siempre con él todo lo que poseía, y en fin, que no recibió nunca dinero sin acordarse con profunda ternura de aquel tiempo en que el fiel Ambrosio la entregaba sus 20 sueldos diciéndola:

—*Hé aquí mi trabajo.*

Esta historia, queridos niños, prueba que no hay clase ni estado en que no se puedan encontrar virtudes heroicas.

Es muy raro que una buena accion permanezca mucho tiempo oculta sin obtener una brillante recompensa.

MADAMA DE GENLIS.

FELIPE IV.

Felipe IV, hijo de Felipe III y de Margarita de Austria, sucedió en 1621 en el trono de España á su padre. Su reinado puede decirse que fue el del conde-duque de Olivares, su favorito y primer ministro, como en el reinado de su padre lo había sido el duque de Lerma. La guerra, renovada contra los holandeses, terminó por acontecimientos desgraciados (1628) Richelieu formó una liga contra España, á la cual arrebató el Artois y Cataluña. El Portugal se rebeló en 1640 y se declaró independiente. Al fin Olivares cayó de la privanza, y le reemplazó don Luis de Haro. Este celebró con Richelieu el célebre tratado de los Pirineos (1659), que dió á la Francia el Rosellon, el Artois y la Alsacia, y dispuso un casamiento entre la infanta María Teresa y Luis XIV. Felipe IV, murió en 1665, dejando el trono á su hijo Carlos II.

UN ADIOS Á LAS FERIAS.

ROMANCE.

Ya las ferias se acabaron,
¡Ah! ya re-piro, ¡qué gusto!
Ya se acabaron las ferias.
Lo estoy viendo y aun lo dudo.
Ya no se verán mas trastos,
Aunque en decirlo aventuro,
Porque así llaman las gentes
A los niños importunos.
A esa turba de danzantes
Que todo lo hace *ex abrupto*,
Y por desgracia en Madrid
No son pocos, que son muchos.

Hablo solo de los muebles;
Mas tampoco va á mi gusto,
Pues se pudiera creer
Que con intencion aludo.

A que cuando pasa un viejo
Andando con mil apuros,
Sin considerar sus canas,
Vaya un mueble, dice alguno.

Me refiero únicamente
A esos objetos de lujo,
Como son, cómodas, sillas,
Armarios, vasos... etruscos.
Camas antiguas, modernas,
Mesitas de uso nocturno,
Y tronos... para ejercer
Todo un dominio absoluto.

Que con otras varias cosas
De diversas formas y usos,
Sencillas, churriguerescas,
De moda cuando Ataulfo.

Componen lo que se llaman
Las ferias, que á los palurdos
Les anima y alborota,
Para venir en su rucio.

Pero yo, que soy de aquí,
Quiero decir, de este punto,
Que es nada menos que corte
Y como tal la titulo.

No puedo ver con paciencia
Tantos trastos inmundos,
Que estando todos por medio
Tienden á romper un muslo.

Ni sufrir el vocerío,
O mejor dicho, barullo,
De las que venden perales
Y sisan con disimulo.

Ni al tostado aragonés
Que con acento muy brusco,
Pregona, *melocotones*,
Gordos, gordos y maduros.

Ni al segundo de un librero
Gritar con aire de triunfo:
A cuatro cuartos, señores,
La vida de Marco Tulio.

Ni per haberme yo visto
En el compromiso duro,
De acompañar á una dama
Por los parajes mas públicos.

Tener mi pobre bolsillo
Que llegar á rendir culto,
Al tio que vende nueces,
O al que espande otros productos.

Y conducir además
Como si fuera algun mulo,
El pesadísimo fardo
De tan abultados frutos.

Porque todas estas cosas,
Y otras que callo y encubro,
A muy pocos les divierte,
Pero les molesta á muchos.

Con relacion al paseo
Este es ya diverso asunto,
Y merece meditarle
Con mas reflexion y pulso.

Quien se quiera marear,
Pararse á cada minuto,
Recibir mil empellones,
Y escuchar dichos insulsos.

En el camino de *Atocha*
Puede ver punto por punto
Si es tan cierto lo que digo,
Como hay lava en el Vesubio.

Y meditándolo bien
Es muy razoable y justo,
Que vayan allí á rozarse
Los de alto y bajo coturno.

Y el Prado que en estos días
Se queda ya moribundo,
El Retiro melancólico,
La Castellana de luto.

Que descansen en buen hora,
Pues se prefiere con mucho
En los tiempos de *anexion*
Un sitio estrecho y oscuro.

Donde mas cómodamente
Se contemplan unas y unos,
Y los bultos se analizan,
Y se analizan los bultos.

Donde hay grandes pisotones,

Donde el recreo es bien nulo,
Donde las gentes se estrujan,
Donde se hacen los espurgos.

Y en el interin decide
El gobierno el grave asunto,
De si la inmediata feria
Será dentro ó extramuros.

Diré yo con alegría
Y exclamatione continuo:
«¡ Ya se acaba on las ferias!
Lo estoy viendo y aun lo dudo.~»

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

ACROCINO DE LARGAS MANOS.

El acrocino de largas manos que representa el grabado adjunto, es una clase de insectos del Brasil y de Cayena, sumamente curioso. Es muy común y procede generalmente de la América meridional.

Esta especie tiene dos ó tres pulgadas de longitud; el cuerpo es negro y las antenas también, con la base de sus artejos de color gris ceniciento; la cabeza y el coselete aterciopelados, con muchas líneas oblicuas, rojas y grises; los elitros son aterciopelados, negros, con fajas y manchas irregulares, rojas, grises también; sus ángulos humerales están armados de una espina negra muy aguda, y su parte anterior cubierta de gruesos puntos hundidos, muy profundos; las patas son negras; los muslos tienen un anillo rojo antes de la estrechidad, las piernas anteriores son negras, armadas por debajo de fuertes espinas; las otras son lisas y tienen anillos de color gris; el abdomen está cubierto de un bello sedoso de color gris ceniciento.

TU MIRAR.

Niña que mirando estás
con detenida atención,
no me mires niña mas,
mira que á quemarme vas.
las libras del corazón.

Mira que cuando me miran
tus ojos con sentimiento
solo desdenes respiran,
y mis ojos que te miran...
merecen mas miramiento.

Mira que miran el fuego
que en tus miradas se advierte,
que estoy por mirarte ciego,
y por no verte reniego
de las miras de mi suerte.

Que siendo admirable Eden
el que se ve en tu mirar,
mirando que no te ven
lloran mis ojos el bien
de quien te vió sin cegar.

Repara pues niña cara
tu mirar abrasador;
no te vendas no tan cara,
que no están bien en tu cara
miradas de tal rigor.

Y si un día arrepentida
al mirar que tu mirar
es mal mirado homicida,
me quieres niña tomar
con tus miradas la vida.

Mírame, cuando te admires
de ver en tí compasión,
mírame cuando suspires,
mírame cuando te inspires
mirando tu corazón.

MANUEL VALCARCEL.

DUCO.

Este mono que generalmente no alcanza mas allá de tres pies y medio á cuatro, es muy notable entre todos los demás por la viveza y disposición de sus colores; tiene la espalda, brazos, vientre y costados de un gris verdoso; la

parte superior de la cabeza morena con una lista de rojo-castaño; los carrillos cubiertos de pel blanquecino muy largo; parte de la cara rojiza, los hombros negros, las piernas de un rojo-castaño muy vivo y la cola blanquecina. Vive en la Cochinchina, y si hemos de dar crédito á los viajeros, anda tan pronto en dos pies como en cuatro: añaden también que se encuentra en su estómago bezares muy superiores en calidad á los de las cabras y gacelas; pero como hasta ahora nadie cree en las maravillosas virtudes que los antiguos atribuían á estas concreciones calculosas, resulta ser esto de muy poca importancia.

UN VIAJE Á MADAGASCAR.

(CONTINUACION.)

Toda la población de aquella costa, vencedores y vencidos, parece inteligente é industriosa; es bastante común ver indígenas que hablan el inglés ó el francés; la mayor parte gustan de hablar de la Europa y la América; algunos deploran la espulsión de los misioneros, la clausura de las escuelas y la proscripción del cristianismo, que Hanavalo ha tratado de ahogar en sangre, lo que sin embargo no impide á su hijo, el príncipe real Rakotond-Radama, manifestar mucha inclinación á esta religión. Los descubrimientos modernos, los conocimientos científicos, no dejan de tener atractivo para aquellos hombres aun primitivos, y uno de los amigos indígenas de Mr. Ellis prestó á la historia natural un señalado servicio ayudando al viajero á encontrar un ejemplar de la *ouvirandra frenestalis*, llamada también *planta de celosía y hoja de encaje*.

Esta planta, que es particular de Madagascar, donde no crece mas que en ciertos sitios, apenas era conocida mas que por dibujos. Mr. Ellis, que es un gran apasionado de la historia natural, había escrito este *desideratum* en su programa, y esperaba traer á lo menos como beneficio de su expedición, alguna muestra del raro vegetal. Apenas puso el pié en el suelo malgache, empezó á buscar la planta, presentando á los indígenas un dibujo que había copiado de las láminas que acompañan á la relación del almirante Dupetit Thouars: pero unos no la habían visto nunca, y los otros aseguraban que crecía en sitios inaccesibles. En fin, uno de los huéspedes del misionero, puso á su disposición un indígena que, después de algunos días de pesquisas, vino á anunciar que había encontrado la *ouvirandra* en un arroyuelo; pero que había tantos cocodrilos en aquel sitio, que era peligroso ir á buscarla. Este no podía ser un gran obstáculo, y poco después Mr. Ellis tenía en su poder la planta tan deseada. Es una raíz acuática de dos dedos de anchura, encerrada en un saquillo parduzco, y cuya sustancia blanca y carnosa, después de asada, puede formar un buen alimento. Proyecta por encima del agua, y en todas direcciones, sus hojas graciosas y ligeras, de nueve á diez pulgadas de largas, recortadas como un encaje, y que según su grado de desarrollo pasan por todos los matices, desde el amarillito pálido al verde oscuro. En el agua, la *ouvirandra* forma un círculo de dos ó tres pies de diámetro, cerrado por hojas de un color verde aceitunado, lleno de hojas de diferentes tamaños y colores, de donde salen tallos flexibles terminados por una flor doble. El viajero tuvo la satisfacción de transportar su planta sana y salva á Mauricio, conservarla allí viva, y á la perseverancia de sus cuidados se deben los hermosos piés de *ouvirandra* que hemos podido admirar en *Regent's-Park* y *Crystal-Palace*.

Al cabo de quince días, vino la respuesta de la reina; su magestad pedía 15,000 duros de indemnización, y á este precio consentía en el restablecimiento de las relaciones comerciales. Este primer punto fue el único que se obtuvo; la reina había respondido acerca de todo lo demás de una manera evasiva, sin quitar no obstante á los europeos toda esperanza de

poder en adelante penetrar en el interior. Mientras llegaba el momento favorable para esta nueva expedición, el buque volvió á hacerse á la vela, pasó bajo el cono macizo de Borbon, y no tardó en ver dibujarse en lontananza los risueños valles, las montañas verdes, y las blancas quintas que rodean á Puerto-Luis.

Allí pasó algunos meses el reverendo Ellis, entre los numerosos amigos que tenía, esperando el momento de hacer una nueva tentativa para penetrar en Madagascar. Durante este tiempo, los negociantes de Mauricio habían facilitado los 15,000 duros que pedía Ranavalo, y uno de ellos había partido con Mr. Cameron para entregar aquella indemnización á la reina. Los enviados volvieron con una carta de Hainikietaka, *décimo tercero honor*, oficial del palacio, la cual expresaba que la compensación ofrecida por la ofensa que cometieran William Kelly y Romain-Desfosses, con sus navíos, quedaba aceptada, siempre que la administración de Mauricio reconociera que su dinero no le concedía derecho alguno sobre la tierra, ni sobre el reino de Madagascar. Se advertía á los europeos, que les estaba prohibido tomar posesión de lugar alguno, ni de puerto alguno dentro de los límites de la isla, y comprar productos cuya exportación estuviera prohibida. Los derechos sobre los objetos importados y esportados, se fijaban en 10 por 100. Con estas condiciones se concedía la reapertura del comercio, y consentía la reina en no restablecer la trata ni la venta exterior de esclavos, suprimidas por Radama. La carta contenía además esta cláusula: «... Un europeo francés ha tomado posesión de un lugar en Ibaly, donde ha construido una casa, un almacén, y ha hecho un puerto para los buques. Nuestros oficiales superiores han ido allá para espulsarle y llevárselo por mar. No le mataremos, pero su propiedad será confiscada porque ha tomado posesión de un puerto, y no prometemos salvarle sino en el caso de que él no mate algun soldado, porque entonces podrían estos quitarle la vida. Hemos querido prevenir de este hecho para que no tengais que decir: ¿Por qué cuando el comercio se acaba de restablecer, destruyen todavía propiedades de europeos?»

Poco tiempo después, en señal de una buena inteligencia completa, se concedió la autorización de quitar y enterrar las osamentas inglesas y francesas que se veían blanquear delante de Tamatave. Los franceses de Santa María fueron los primeros que lo supieron, y que tuvieron el mérito de quitar aquel horrible trofeo, y hacer á sus compatriotas los honores tardíos de la sepultura. Viendo las circunstancias tan favorables, Mr. Ellis hizo los preparativos de su segundo viaje, y en mayo de 1854 envió una carta á las autoridades de Atanarive para informarles de la intención que tenía de dirigirse á Tamatave, y pedir autorización para visitar la capital. En estas cosas, sobrevino en Mauricio una gran calamidad: dos buques que transportaban de la India *coolies*, habían traído consigo el cólera. Favorecido por cambios repentinos de temperatura, hizo un gran número de víctimas; muchos días pasaban de ciento. La tercera parte de la población había abandonado á Puerto-Luis; todos los vehículos habían sido requisados por la municipalidad para el transporte de cadáveres; los almacenes, las tiendas, á escepcion de las de los drogueros y farmacéuticos, estaban cerradas; los diarios salían con solo una plana impresa, en la cual solo se daba noticia de las principales víctimas y se indicaban remedios; las iglesias cristianas no cesaban de implorar la misericordia divina, y se veía á los indios y chinos en largas procesiones llevar incienso y ofrendas á sus ídolos. Una cosa notable hubo, y es que el azote respetó casi totalmente á estos asiáticos. Los criollos caían como los europeos á centenares.

A principios de junio y en un momento en que la plaga parecía que había mitigado un tanto su rigor, volvió el misionero á salir de

Mauricio para Madagascar. Cuando el buque en que iba el viajero llegó á Tamatave, un empleado subió á bordo, examinó el estado sanitario de la tripulación, y espresó que hasta nueva orden había que guardar cuarentena. Al cabo de ocho días, cuando se probó que no existía á bordo síntoma alguno de cólera, se autorizaron las comunicaciones con la tierra, y el misionero recibió permiso, que no había obtenido la primera vez, de desembarcar su equipaje, aunque después de una visita de la aduana. Un francés, Mr. Provint, puso á disposición de Mr. Ellis una linda casa indígena, con su gran tejado triangular, su galería cubierta sostenida por columnas de madera, sus ventanas simétricas y sus tabiques de tablas bien unidas. Aquella habitación daba á una especie de plaza que presentaba desde por la mañana un espectáculo de gran animación. Jóvenes esclavas, de fisonomía agradable y viva, con los cabellos tejidos en trenzas pequeñas ó levantados en anchas bandas, vestidas con camisas blancas y faldas de color, venían con bambúes de siete ó ocho pies de largos, á sacar agua de un pozo protegido por un brocal de madera. Sacaban el líquido con grandes cuernos, y se marchaban con sus singulares vasijas sostenidas en los hombros.

El misionero fue tratado con suma benevolencia; sus conocidos antiguos procuraban excitar su recuerdo por medio de regalos de caza y aves; cada cual manifestaba el placer que sentía al verle de nuevo, y pocos días después de su desembarco, fue convidado con los demás residentes extranjeros á una gran comida que se dió con motivo de una de las principales fiestas de Madagascar; la entrada de año, que en la isla se celebra en el solsticio de junio. Desde el 24 cesaron todos los trabajos; los jefes y oficiales de Tamatave, en traje de gala, cada cual acompañado de su comitiva, se hacían conducir en palanquin á casa del gobernador para presentarle sus respetos. El pueblo se había vestido de día de fiesta: los hombres con *lambas* blancos, las mujeres con faldas de color, con sus cabellos negros trenzados en una porción de bucles y nudo; lo cual da á su fisonomía un aire algo austero, se dirigían por grupos de familia á visitar á sus parientes y amigos como se hace en Europa. Al anochecer, toda la población se puso á bañarse, y después se encendieron millares de antorchas de abeto en todas direcciones, á una señal dada, según decían, desde la capital. El soberano enciende la primer luz, en seguida de uno en otro le imitan todos, y cubre la isla entera una iluminación inmensa. Al día siguiente se cambiaban regalos: no se olvidó á Mr. Ellis; recibió un gran número de aves y un cuarto de buey, con la piel y pelo que le enviaron las autoridades. En fin, pocos días después se verificó la comida que debía terminar las fiestas. Los residentes extranjeros y los funcionarios mas elevados, entre todos veinte, hombres y mujeres, porque estas no están secuestradas, habían sido convidados á la mesa del gobernador; pero como este continuaba enfermo, el juez jefe, *padre de los grandes pensamientos*, con quien hemos hecho conocimiento anteriormente, fue llamado á desempeñar las funciones de mariscal ó pre-



Duco.

sidente del festin. A las cinco y media empezaron los convidados á presentarse en sus palanquines en el sitio designado; una doble fila de soldados, con un pedazo de tela blanca colgada de la cintura, y una banda del mismo color sobre los hombros desnudos, armados los unos de fusiles y los otros de espadas, hacían los honores militares; el juez jefe, á la entrada de la sala, recibía á los convidados, y una música de pífanos y tambores tocaban los aires nacionales de Madagascar. Los dignatarios y los oficiales iban en traje militar, que no se puede llamar uniforme, porque reinaba la mayor diversidad en sus vestidos, de los cuales algunas partes parecían tomadas de las milicias americanas, de los guardias nacionales franceses y de los soldados ingleses. La escaleta dominaba, y las charreteras de oro, así como las plumas en el sombrero, parecían de rigor. Todos juntos hubieran estado mucho mejor cubiertos con sus anchas piezas de tela y *lambas*. Del mismo modo las mujeres llevaban con una incomodidad visible algunos ropajes, restos atrasados de modas europeas. La comida era también una imitación europea; solo conservaba una cosa original, que consistía en el servicio del *jaka*. Se había colocado una gran mesa con mantel, platos cubiertos, y el nombre de los convidados escrito en un pedazo de papel en el sitio de cada uno de ellos. El misionero tuvo el honor de sentarse junto á la señora de la casa, en frente de dos oficiales, uno de los cuales hablaba el inglés y el otro el francés de un modo bastante inteligible. Se sirvió un potaje, carnes, aves, como hubiera podido hacerse en Borbon ó en Mauricio. Solamente el centro de la mesa estaba ocupado por una fuente que contenía el *jaka*. Se llama así un pedazo de vaca conservado desde la fiesta anterior, es decir, desde un año antes, y partido en pedazos pequeños. Comer juntos el *jaka*, es hacer alianza y amistad por todo el año. Aquella carne seca y dura, tenía un aspecto negruzco. Luego que cada cual ocupó su lugar, el presidente del festin se levantó, pronunció un discurso en honor de la soberana, cogió delicadamente con dos dedos un pedazo del plato nacional, y después le hizo

circular. Cada cual le imitó y se puso todo el mundo á comer en silencio y con recogimiento. En seguida continuó la comida con mucha animación, y ya llegaba su fin, cuando entraron dos esclavos que se sentaron á los pies del ama de la casa y se pusieron á preparar el café. Después se pasó á una habitación inmediata, tapizada de papel francés que representaba las victorias de Napoleón; se pronunció otro discurso en honor de la reina, después de lo cual se bebieron licores á su salud en copas. Volvió á empezar el concierto de clarinetes y tambores, y á eso de las nueve, cada cual subió en su palanquin.

(S continuará.)

PENSAMIENTOS ORIENTALES.

El insulto de un malvado puede ayudaros á perfeccionar vuestras virtudes.

Pensamiento chino.

¡Oh, tú que contemplas el espectáculo de la perfección, que diriges tus miradas á los espejos de la belleza, no olvides que para apartar de tí la melancolía, no hay como los encantos de una cara bonita!

Nabi Effendi.

Los bucles de los cabellos de las hermosas son cadenas y redes para los pájaros ligeros

Saadi.

Hacer limosna á la luz del día, es muy laudable; hacerla secretamente y socorrer á los pobres, es todavía mas meritorio.

Coran.

Las campanas pequeñas suenan á veces mas que las grandes.

Pensamiento chino.

Para obtener mil desórdenes basta que un marido sea crédulo.

Pensamiento chino.

Quien guarda su boca guarda su alma; pero el que charla demasiado se procurará disgustos.

Salomon.

Todos los trabajos tienen su parte de utilidad; pero hablar demasiado trae carestía.

Salomon.

REFRANES HIGIENICOS.

Hija eres, y madre serás; cual hicieres, tal ballarás.

Comer arena, antes que hacer vileza.

A Dios rogando, y con el mazo dando.

La mujer que poco hila, siempre trae mala camisa.

Agua que corre, nunca mal coge.

Holla sin sal, haz cuenta que no tiene manjar.

Por todo le no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Jerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Mathen.

En provincias: Estrasburgo y Américas en casa de los responsables de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la Biblioteca Ilustrada y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.